

patriotas huían de la miseria española y se encontraron viviendo en la pobreza estadounidense. La mejora era evidente. Se trabajaba duro, pero se podía vivir e incluso ahorrar lo suficiente para poder adquirir —con el paso de los años— una casa en propiedad. Además, si eran niños, los hijos podían acudir al colegio y aspirar, al menos, a una ligera mejora. Nada de eso era posible en España.

La importancia de la colonia española en los Estados Unidos se puede medir atendiendo a varios indicadores. Uno de ellos es la existencia y extensión de una prensa con medios de comunicación propios. Hay prensa en español en la Unión desde las primeras décadas del siglo pasado. Entre los liberales emigrados que huieron tras el triunfo de los cien mil hijos de san Luis había periodistas. Y siguieron llegando de Méjico cuando se produjo la independencia de la nueva república. Entre 1829 y 1851 se publicaron varios periódicos —uno sucedía al otro— en castellano en Nueva Orleans: *El Español*, *La Avispa de Nueva Orleans*, *El Hablador*, *La Patria*, *La Unión*... Con el cambio de signo en la emigración española a finales del siglo XIX y dos primeras décadas del XX, cambia también, lógicamente, el emplazamiento de los principales medios de comunicación españoles en norteamérica. Ahora será Nueva York la sede de las redacciones de los periódicos en español más importantes. *La Prensa* nacerá en 1913 y conocerá una gran difusión que descenderá con la progresiva integración de los emigrantes en el mundo anglosajón y el descenso de las llegadas por las restricciones de las leyes de cuotas. En 1935 difundía 15.000 ejemplares solamente. Tampoco en Tampa podía faltar prensa en español. Coexisten cuatro cabeceras en castellano: *La Voz*, *La Gaceta*, *La Traducción* y *La Prensa*. *La Gaceta* perduró hasta 1950, aunque para entonces incluía ya bastantes artículos en inglés: el tiempo no pasaba en vano y tampoco el grado de incorporación al mundo anglosajón de las segundas generaciones de los emigrados.

La colonia española en Estados Unidos se fue disolviendo con el cierre práctico de las fronteras para los españoles desde 1921-24. Faltos de nuevos aportes humanos, la generación de los hijos de los emigrantes que pudo aprender inglés en las escuelas, se incorporó al mundo cultural norteamericano, aunque mantuvieron un bilingüismo práctico. Los matrimonios con miembros de otros orígenes culturales y lingüísticos, acabaron con los rastros propios de la cultura española residual. Como siempre, hay excepciones. Pero no son ellas las que marcan la tónica general. Esta se manifiesta en el alto índice de naturalizaciones norteamericanas que se dan entre los emigrantes españoles. Las entrevistas personales manifiestan que se trataba de un acto puramente administrativo en muchos casos: así se lograban facilidades para encontrar trabajo especialmente en los años de la crisis. Y es que los motivos económicos les habían obligado a dejar España: en ese momento se ha hecho una opción fundamental. Lo que viniera después no eran más que meras consecuencias.

JULIO MONTERO DÍAZ

TUSELL, Javier, GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *El catolicismo mundial y la guerra de España*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1993, 384 págs.

Puede afirmarse que nuestro conocimiento de la Guerra Civil ha mejorado sustancialmente en la última década. Disponemos de versiones razonablemente va-

lios sobre la evolución militar del conflicto, del número y circunstancias de las víctimas de todo orden que se produjeron, de las dimensiones sociales y económicas, también de las institucionales. La complejidad de las cuestiones religiosas no permite afirmar lo mismo, aunque existen un apreciable número de trabajos que han ido ofreciendo resultados de interés indudable.

Una de las últimas aportaciones en este campo se debe a Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano. Su objetivo —«desde una perspectiva de una conciencia cristiana»— ha sido presentar una panorámica del tema, fundamentada en la consulta bibliográfica y —en menor medida— hemerográfica. Quizá esta primera referencia a las fuentes utilizadas marque precisamente los límites de interés para el historiador especialista: no hay propiamente datos novedosos, aunque la puesta al día, y la reflexión consiguiente, tiene un interés indudable. En cualquier caso, tampoco se pretende un estudio en profundidad de las múltiples cuestiones que se entrelazan. Las características de la colección muestran también a las claras que nos encontramos ante un trabajo de alta divulgación realizado por dos especialistas: una de historia de la cultura, otro del franquismo. El resultado, en su orden, es impecable y útil también para los historiadores de oficio interesados en nuestra guerra.

Ha dicho un especialista de historia de la Iglesia en la España del siglo xx que «abordar el estudio de la Guerra Civil española exige el compromiso de escribir desapasionadamente sobre la pasión»: el libro de Genoveva García y Javier Tusell lo cumple. También la distinción —básica para no perderse en el laberinto de las justificaciones— entre el alzamiento militar, la persecución religiosa, la propia guerra civil y, no digamos ya, la solución social, política y cultural que impusieron los vencedores, está claramente presente y asumida como punto de partida. El resultado de estas precisiones es un aval más de la calidad del trabajo y de los resultados de esta puesta al día de la cuestión.

Una primera concreción: si en un primer momento no hubo identificación entre los sublevados y las causas específicamente religiosas, sí que existió, desde el principio, una persecución religiosa, notablemente cruel, en la España del Frente Popular. La reacción de los católicos de todo el mundo ante este hecho sin precedentes, dependió evidentemente de la información que recibieron. En este sentido, vendrá bien recordar que la guerra supuso la mayor acumulación de mentiras hasta aquel momento sobre cualquier otro acontecimiento (G. Orwell). La inmediatez con que se vivía la guerra española era diversa en Francia y en Estados Unidos, en Italia y en Gran Bretaña, por citar sólo los países a los que se refiere el libro. No se trata sólo de cercanía física y cultural, también influye la situación específica de los católicos en cada país, y sus relaciones con el mundo de la política. Y aquí es necesario referir también que nuestra guerra no ocupaba diariamente las primeras páginas de los diarios de todos los países. En cualquier caso, y esto es notablemente más importante, cada cual veía en ella lo que quería ver: y eso prescindiendo de cuales fueran las noticias que recibían, que no eran precisamente homogéneas ni necesariamente veraces.

Una segunda concreción, ésta cronológica. Al desconcierto inicial —por falta de informaciones claras y precisas— sigue un período, desde mediados de agosto de 1936, en que se van definiendo las líneas de opinión fundamentales entre los católicos de fuera de España: simpatía general hacia los perseguidos, en la misma medida en que se culpa a los gobiernos republicanos de negligencia primero y de com-

plicidad después. Luego los fusilamientos de Badajoz y —sobre todo— el bombardeo de Guernica introducen nuevos datos en el análisis de la guerra. Se fijan nuevas posiciones en algunos casos y se matizan apoyos y condenas en otros. En cualquier caso, un año después de iniciarse la guerra las líneas interpretativas están bien definidas.

Los católicos franceses tenían una proximidad doble. Primero la evidente: la geográfica. Esa circunstancia les proporcionaba, además, un contacto inmediato con Cataluña y el País Vasco: donde más numerosos eran los católicos españoles que distinguían la persecución religiosa del gobierno, del republicanismo y de la guerra misma y que, además, eran contrarios tanto al levantamiento militar como a las formas políticas que se iban dibujando en el campo *nacional*. Luego, la referencia al paralelismo entre ambas situaciones políticas marcada por la existencia del Frente Popular. No es de extrañar por eso que los intelectuales del catolicismo francés adoptaran posturas variadas: desde el apoyo incondicional a los hombres del levantamiento, hasta el empeño por constituir una plataforma que consiguiera el fin de la guerra sin vencedores ni vencidos y por intervención diplomática de las potencias europeas (Maritain).

La incidencia de la guerra civil española en la conciencia de los intelectuales católicos franceses fue algo más que notable. Hay que señalar también que el campo estaba abonado: la polémica cultural era el camino, casi obligado, en la Francia de los años treinta de cualquier enfrentamiento de posturas entre intelectuales. Lo que comenzaba siendo una referencia a un problema concreto, continuaba en un proceso de profundización y amplitud a la vez que implicaba, cada vez más, a círculos culturales más amplios y a cuestiones más *esenciales*. La polémica también fue el modo habitual de enfrentamiento entre los diversos sectores de intelectuales católicos franceses: el debate sobre el pacifismo, la actitud ante el Frente Popular y el alineamiento en torno a la idea de democracia o a la de revolución, son las coordenadas en las hay que situar los enfrentamientos a propósito de nuestra guerra.

Las posturas más características están representadas por Maritain, Mounier y Claudel. El primero, como es sabido, no aceptaba el término de *cruzada* como aplicable a la guerra española. En términos de filosofía política, defendía por aquel entonces la reabsorción del comunismo por el ejercicio de la justicia y rechazaba la eliminación de los comunistas como procedimiento para vencerlo. Desde esta perspectiva, y en el caso de España, se imponía una conclusión: lo único importante era parar como fuera —es decir mediante la intervención y presión diplomática extranjera— la guerra civil, para pasar después a intentar crear un marco de convivencia pacífico entre los contendientes.

Mounier representa la izquierda católica en terminología de los autores. Su planteamiento variaba entre la defensa a ultranza de la República española en los primeros momentos y el apoyo a la mediación extranjera para poner fin a una guerra, «sin vencedores ni vencidos», cuando se hizo evidente que el ejército popular nunca triunfaría en la contienda. El análisis de la situación española era simple: se trataba de una sublevación fascista contra un gobierno legal, aunque también —y distinguiendo ambos fenómenos— se había producido un asalto violento contra la Iglesia. Puestas así las cosas, prefería una solución con una iglesia perseguida y sufriendo, a otra en la que apareciera triunfante en un conflicto civil y al abrigo de las armas.

Claudel era un *senior* de la cultura francesa en aquellos años. Había hecho de España el símbolo de una sociedad católica y su toma de postura pública ante la guerra española se debió al intento de que firmara un manifiesto —promovido por Maritain— de protesta por el bombardeo de Guernica. Se negó. Poco después hizo pública su postura con el poema *a los mártires españoles*. Las características del poema no permitían una respuesta razonada. Ni que decir tiene que los versos constituyeron la mejor propaganda en Francia para el bando de Franco.

Si en Francia la guerra civil española fue la polémica más importante en el seno del catolicismo, no fue ésta la nota dominante en el resto del mundo católico, especialmente en el los países a los que se refiere el libro.

En el extremo opuesto están los católicos de Estados Unidos: su información sobre la guerra civil —en términos generales— fue siempre indirecta y simplista. Eso no quiere decir que todo se confundiera: las declaraciones de la jerarquía norteamericana sobre el caso español siempre distinguieron bien la persecución religiosa a los católicos y la posición política de los sublevados. Por ejemplo, nunca faltó una referencia a la defensa de los valores de la democracia, aunque no identificaba este sistema con el que practicaba el gobierno republicano español. En cualquier caso, estamos ante la única ocasión, en el siglo XX, en que España se convirtió en un motivo de reflexión para los católicos de todo el mundo.

Las primeras noticias sobre la guerra de España fueron muy confusas. En consecuencia, inicialmente, los católicos no se sintieron involucrados de ningún modo en el conflicto. La cuestión da un giro radical y definitivo entre agosto y septiembre de 1936: cuando se tienen las primeras noticias sobre las atrocidades de la persecución. La declaración del Papa sobre el asunto se limitó a confirmar a los católicos de todo el mundo lo que ya sabían por la prensa, de cualquier signo, de sus propios países. El juicio sólo podía ser negativo para el gobierno del Frente Popular. La ofensiva sobre el Norte presenta un nuevo aspecto: había entre los católicos españoles una pluralidad de posturas respecto al conflicto. El bombardeo de Guernica —además— restó credibilidad a la junta militar ante la opinión pública: ¿cómo unas autoridades católicas podían permitir esa barbarie? El debate consiguiente tuvo especial incidencia en Francia y a su alrededor nacieron las posturas más características que ya se mantendrán hasta el fin de la guerra. Un nuevo giro produjo ante la opinión pública católica la Carta Colectiva de los obispos españoles en octubre de 1937: manifestaba una actitud prácticamente unánime de la jerarquía. Al Vaticano no le gustó la iniciativa, pero no se supo y el documento no podía ignorarse: en todo el mundo los católicos —primero la jerarquía y desde ella al resto de los fieles— cerraron filas en torno a su contenido. Los acontecimientos posteriores ya no supusieron modificaciones.

Lo señalado no debe inducir a equívocos. Ciertamente, lo primero que hay que señalar es una esencial unidad entre los católicos de todo el mundo en lo que se refiere a la solidaridad ante la persecución religiosa «cruel como nunca había existido, incomprensible, ciega e inmensamente destructora». Dejando claro este principio, se observan discrepancias en muchos otros aspectos: entre la jerarquía eclesiástica y entre los laicos; en el seno de las propias órdenes religiosas —es significativo el caso de los dominicos— y de algunas familias católicas de importante significación política, como los Kennedy... y eso sin contar con los que cambiaron de postura con el avanzar del conflicto. Y es que la situación de los católicos en cada uno de estos países era enormemente diversa.

En Francia la pluralidad de posiciones políticas de los católicos y el ambiente cultural de polémica tan extendido en aquellos años, ocasiona un debate enconado en torno al caso español. Maritain, Mounier y Claudel representan, ya se ha señalado, las más extendidas, aunque tampoco hay que olvidar a personajes tan significados —alguno precisamente por su posición ante el conflicto civil español— como Bernanos y Mauriac. En Italia el control del fascismo hace difícil descubrir oposiciones a la opción oficial por el bando de Franco, pero la postura de Sturzo —cercano en esto a Maritain— es significativa y lo es mucho más el hecho de que la polémica sobre el caso español se encienda virulentamente al término de la guerra mundial.

En Estados Unidos el apoyo a los católicos españoles, se tradujo en campañas para conseguir recursos, exclusivamente para ayuda humanitaria, y no significó renuncia a la defensa de la democracia. Nunca hubo compromiso con los militares levantados. Además este apoyo a los católicos españoles desató una campaña contraria —muy virulenta— por parte de los protestantes, que acabaron movilizando casi diez veces más recursos para los republicanos del Frente Popular. También aquí conviene referirse a otra cuestión complementaria. Las colonias de emigrantes españoles eran mayoritariamente republicanos, y mayoritariamente católicos también. Este punto de referencia no puede olvidarse, por su peso en la opinión pública, al considerar la incidencia de la guerra española en Estados Unidos: no sólo entre los católicos, sino entre la totalidad del país.

En Gran Bretaña los católicos —como el resto de los británicos— nunca dispusieron de una información adecuada de la guerra. En esto estaban en una situación semejante a los norteamericanos. El pasado de persecuciones que habían vivido en su historia nacional les situó en una sintonía favorable a los levantados. Por otra parte el contenido especulativo sobre las relaciones entre catolicismo y democracia, que estaban tan en boga en Francia, carecían de sentido en Gran Bretaña, donde el catolicismo siempre había tenido un carácter popular y democrático sin problemas y sin complejos. De otro lado, y de manera semejante a los Estados Unidos, pero más agudamente —eran menos y existía una religión oficial—, reverdeció la vieja polémica sobre cuál era la capacidad de los católicos para integrarse plenamente en la sociedad inglesa. La diversidad de las tensiones y del sentido de estas fuerzas produjo una resultante en la opinión pública católica británica que podría definirse así: más que a favor de Franco estaban en contra del Frente Popular por la persecución religiosa desencadenada.

En definitiva, la relación de estas diferencias hace insostenible —además de las que se daban entre los propios cardenales— el simplismo que se menciona a veces de que la *Internacional Vaticana* hubiera impuesto a todos los católicos del mundo el apoyo a Franco. Si hubiera sido así las discrepancias que se señalan nunca se hubieran producido. Y es que una cosa fue el alzamiento militar, otra la persecución religiosa y otra la solución sociopolítica y cultural que se impuso al finalizar la guerra. Y desde luego no es obligatorio mantener una adhesión inquebrantable a una interpretación *maciza* —en blanco o en negro— al conjunto de todos estos fenómenos. Quizá la diversidad de opciones que en la realidad tomaron los católicos del mundo sea una muestra práctica más de que son amplios los límites de la libertad de los católicos para pensar y actuar en el terreno de lo político... y más aún para interpretarlo y estudiarlo años después.